

NOVELA POPULAR
CINEMATOGRAFICA



Año IV
Número 172

25 cts.

Protagonista
Charles Jones

La mano del pulpo

Novela Popular
Cinematográfica

LA MANO DEL PULPO

Argumento, en forma de novela, de la grandiosa película del mismo título. Superproducción de la célebre casa «Fox», de la que es concesionaria, para España y Portugal, «Hispano Foxfilm»: Valencia, núm. 272

Protagonista : CHARLES JONES



PUBLICACIONES MUNDIAL

BARCELONA — APARTADO 925

PRIMERA PARTE

Las personas que más relevante papel juegan en esta tragedia, eran miembros de una familia apellidada Hacket, cuyas propiedades comprendían, según el dicho de un envidioso, desde la sal de los mares hasta el hierro que se oculta en las profundidades de la tierra.

Hacia diez años que había muerto el fundador de la grandiosa fortuna, un hombre de ímpetu primitivo, dejando una hija, criatura adorable, y las vastas posesiones de toda clase y naturaleza, al cuidado de un hermano, tipo de no muchos escrúpulos, que estaba entregado por completo al gerente de la empresa porque éste conocía alguna de sus faltas de escrúpulo. El gerente, a su vez, se dejaba guiar demasiado por un tipo malvado, capaz de trabajadores, al que se odiaba en los talleres de un modo profundo e intenso. Todo esto hacía que los negocios de la casa Hacket tuviesen cada día mayor número de enemigos declarados, furibundos y terribles.

La verdad es que, estando todo en manos del ca-

pataz; no podía ser de otro modo. Aquel hombre no merecía otra cosa que odio y desprecio.

Citaremos, como ejemplo de su conducta, un sucedido. Habiendo perecido un día en un accidente un obrero, el gerente, conmovido, le ordenó:

—Que ese hombre sea enterrado decorosamente.

A lo que el capataz repuso, con cierta acritud:

—No tengo por qué ocuparme de ese cadáver... Lo que más interesa es el metal... El metal es lo primero.

Sintió asco de esta respuesta, el gerente, pero se alejó sin decir nada, ni despedir al inhumano capataz. Y los obreros que oyeron las palabras de éste, sintieron crecer en su pecho el aborrecimiento. Era lógico.

La fortuna Hacker, en tales manos, había de tropezar con luchas enconadas, no hay que dudarlo.

Mientras los astilleros y los altos hornos contribuían a acrecentar dicha fortuna, cada vez más poderosa, la fábrica de municiones de que también eran poseedores los Hacker, ganaba millones y más millones, sin cansancio ni tregua. Pues sabido es que las industrias que se dedican a la muerte son las más prósperas. Y esta fábrica era la más mimada, tal que si fuese una criatura, no sólo por Hacker, sino por el gerente y el capataz.

En un edificio contiguo a esta fábrica había un pabellón en el que trabajaba Mordecai Newman, químico e inventor, entregado por entero a las pruebas de un importantísimo secreto descubrimiento mortífero, para ser producido después en grandes

cantidades por la fábrica y ganar así, sus dueños, nuevos caudales de dinero.

El gerente fué a visitarle y le preguntó:

—¿Cómo va ese invento, amigo Newman? Bien sabe usted que todo depende de su éxito.

—Podemos hacer las pruebas definitivas mañana, en la Roca del Diablo... Ya tengo el torpedo aéreo preparado... Será dirigible y gobernado por la radiotelegrafía. Desde él, la substancia por mí inventada destruirá en un momento la más poderosa ciudad. Mire; aquí tengo un pequeño tubo de esa substancia. Hay la suficiente para volar la mejor fortaleza... Mañana podremos verlo en la Roca del Diablo, que desaparecerá.

Perfectamente, Newman. Sólo me resta decirle que no olvide que este invento debe continuar siendo un secreto... que usted garantice con su vida.

—Es eso una cosa que no olvido nunca.

Así terminó la entrevista del gerente con el inventor. Aquél fué en seguida a participar a su principal, Marvin Hacker, el resultado de ella.

Entretanto, Bárbara Hacker, la sobrina de Marvin y verdadera heredera, en cuanto fuese mayor de edad, de todas las posesiones de la familia, visitaba a los deudos de aquel desdichado que murió en un accidente, a los que dijo:

—No podemos reparar el infortunio de este hogar, pero al menos procuraremos que no falte nada en él.

En una propiedad situada a algunos kilómetros de distancia de la fábrica de municiones, estaba el cuartel general de una organización siniestra, enemiga

especialmente de la casa Hacket, dirigida por un familiar, el príncipe Florido, que en sociedad pasaba por un rico ocioso. Difícilmente podían averiguarse las causas de su odio a los Hacket. Quizá nacieran de la envidia. En los documentos amenazadores que enviaba a sus probables víctimas, les decía: «La mano del pulpo» caerá sobre usted. De todos era ya conocida «La mano del pulpo», como organización; al jefe se le llamaba solamente, aunque nadie le conocía, «El pulpo».

SEGUNDA PARTE

El príncipe tenía un segundo, que hacía las veces de jefe cuando él estaba ausente. Este, protagonista de esta historia, antiguo aventurero, no era un malvado. Solamente un hombre de ímpetu que necesitaba vivir constantemente en ambiente de peligro y de aventura. Simpático, franco, valiente, se ganaba la adhesión y la admiración de cuantos le trataban. No gustaba de muchos de los planes del príncipe, y si era él el encargado de ejecutarlos, ponía en ellos una humanidad y una gracia que los hacía disculpables.

El mismo día que el gerente y el inventor acordaron hacer las pruebas del nuevo invento, el príncipe ideaba un nuevo plan de ataque contra los Hacket. Le escuchaba, silencioso y apenado, su antiguo tutor, que vivía a la sazón pensionado por el sinuoso personaje.

—Estoy enterado—decía el príncipe a su segundo, que se llamaba Brick MacDonald—de todos los movimientos de Hacket, y apenas sepa que han perfeccionado su nuevo invento, caeré sobre ellos como

una exhalación, para colárselo si es posible... Pero aguardaré hasta el último instante. No quiero que se me malogre este plan. Son millones los que se pueden ganar con él.

Excelencia — repuso Brick con tranquilidad, advierto que no está tan enterado como supone... Pondrán a prueba el nuevo explosivo mañana temprano... en la Roca del Diablo...

Fuera de sí, el príncipe reunió a todos sus hombres, a los que dijo:

—En lo sucesivo, todos recibiréis órdenes del señor MacDonald, que acaba de demostrarme su buena información, y cuya capacidad de jefe no puede ser puesta en duda.

Todos convinieron en obedecer, sin previo aviso del jefe, a Brick, a quien no le parecía gran cosa mandar a los demás. Gustaba más, no de ser mandado, esto nunca, sino de que sus aventuras fuesen personales, realizadas por él solo, sin la ayuda de nadie. Aceptó, sin embargo, lo que el príncipe juzgaba una gracia, seguro de que esto no había de evitar que él hiciera por sí mismo lo que tuviera por conveniente.

Entretanto, los Hacker, no creyendo mucho en el peligro de que estaban amenazados, procuraban divertirse cuanto les era posible, especialmente Bárbara, en cuya vida no había más que una nube de tristeza: la de que el deseo de su madre moribunda la hubiese unido a un novio preparado de antemano: un tal Dick Manley, apodado «El perezoso», porque lo era, en verdad, hasta un extremo inconcebible, y al cual la joven no podía ver con simpatía por

más esfuerzos que para ello hiciera. La idea de que tendría que casarse con aquel hombre, la ponía enferma. Pero su madre lo había ordenado así antes de morir. ¿Tendría fuerzas para obedecer aquel absurdo mandato?



El tutor del príncipe, que había pensado alguna vez en la probable boda de éste con Bárbara, para acabar con aquella lucha para él inexplicable, era desesperado, pero sin decir nada, los proyectos de ambición insensata y desenfrenada de su antiguo discípulo, el cual decía:

—Si me apodero de ese explosivo, la sombra de mi mano, «La mano del pulpo», se extenderá por

todo el mundo, y todo el mundo será mío. Jamás habrá habido ni habrá un príncipe con más poder que yo. Todos los hombres saludarán reverentes cuando yo pase por ante ellos. La tierra entera estará bajo mi dominio. ¡Qué delicia!

Inútil es decir el espanto que estas palabras llevaban al ánimo del preceptor, moralista a la antigua.

A la mañana siguiente, Hacker, con sus empleados principales, partió para la Roca del Diablo, con el fin de hacer las pruebas. En los alrededores de esta los hombres del príncipe, bajo el mandato de Brick, vigilaban, dispuestos a caer sobre los que iban a llegar y apoderarse, no sólo del explosivo, sino también de la fórmula para hacerlo, pues estaban seguros de que el químico la llevaría consigo.

Camino de la Roca, el gerente dijo a Hacker:

—El día en que Bárbara se case con ese imbécil de Dick, usted tendrá que rendir cuentas de la administración de su fortuna... Usted sabe mejor que yo que esas cuentas no están limpias; se descubrirán, pues, que ha estado usted robando cantidades durante todo este tiempo... Su única salvación, por lo tanto, está en que yo me case con Bárbara, pues que yo no he de pedirle cuentas... Así, espero que se dé usted prisa por ayudarme en este propósito, beneficioso, no sólo para mí, sino también para usted...

—Confío— repuso Hacker— en el éxito de este invento, para salir de apuros. Pagaré hasta el último céntimo, y presentaré las cuentas limpias.

—¿Y si el invento no diera resultado?

—Creo que sí lo dará. Si no lo diera, ya veré después lo que se ha de hacer.

—No olvide usted, de todos modos, que lo tengo entre mis manos y que puedo echarlo por alto cualquier plan. Le digo esto, para que tenga presente en todo momento que deseo que Bárbara sea mi esposa, es decir, que no permitiré que se case con otro.

—Pero ¿y si Bárbara no lo quiere?

—Tampoco quiere a Dick y todos ustedes están dispuestos a casarla con él. Así, eso no es un argumento serio.

El torpedo aéreo al que se dirigían a hacer las pruebas volaba ya por cerca de la Roca del Diablo. Brick y sus hombres seguían vigilando, desde un submarino, dispuestos a caer sobre su presa.

Para desorientarla, dispararon una granada, que voló la susodicha Roca.

Confusos por aquel imprevisto, el químico y sus acompañantes no sabían qué hacer. Aterrizaron para ver lo que había sucedido.

Unos restos de sustancias explosivas que quedaron por allí, causaron la muerte del químico. Los otros huyeron. Desde el aparato, pudieron columbrar, con un telescopio, al submarino y a los hombres que lo hacían maniobrar.

TERCERA PARTE

Instantes después, Brick recibía un radiograma del príncipe, que decía:

«Haga prisioneros a Hacket y a los que le acompañan. Apodérese de los explosivos y de todo lo que llevan. — Floridor.»

Pero esto no podía realizarse. Por lo tanto, Brick volvió al cuartel general, en donde refirió al príncipe todo lo sucedido. Inmediatamente, el príncipe, llevando consigo a Brick, partió para la ciudad en que vivían los Hacket, en donde nadie sospechaba su actividad siniestra, deseoso de oír los comentarios que se harían sobre el ruidoso suceso.

Se personó, elegante, atento, reverente con todos, en el Club Campestre, sitio de reunión de los millonarios. Pronto le fué dado ver a Bárbara, a la que se acercó galante y ante la que se lamentó de lo que había sucedido, de lo que ya se hablaba en todos los corrillos. Por último, preguntó a la joven:

—¿Y no saben ustedes quién disparó la granada que voló la Roca del Diablo, antes de que se hicieran las pruebas y cuyos restos causaron después la muerte del gran inventor?

—No, no sabemos quién fué. La dispararon desde un submarino. Sin duda, un subincino pirata.

—¡Qué contrariedad para ustedes! ¡Un invento tan notable perdido!

—No se ha perdido del todo. Aunque la fórmula sólo la conocía el señor Newman y éste ha muerto, tenía ya hecho un borrador, que yo poseo, y con el cual podemos hacer más substancia explosiva y pruebas sucesivas, hasta que dé el resultado apetecido. A mi juicio el resultado es seguro desde el primer momento.

—Celebra mucho, señorita, que así sea.

Sólo es de lamentar la muerte de Newman. A decir verdad, es el único mal que por ahora nos han causado los piratas, asociados bajo esa fórmula tan poco poética de «la mano del pulpo». En su denominación se ve que son personas poco delicadas.

Hirió aquella burla al príncipe, que repuso bromeando:

—Yo he oído referir por qué se llaman así y me parece muy interesante. Por lo visto, el jefe es un hombre que quiere dominar al mundo entero y por esto ha escogido ese símbolo de «la mano del pulpo», que todo lo abarca y aprisiona.

Después de esto, el príncipe añadió:

—Voy a buscar a mi amigo MacDonald, al que quiero presentarle. Acaba de llegar del extranjero

y es muy simpático. Creo que le gustará a usted charlar con él.

Fué, en efecto, el príncipe en busca de Brick, al que dijo a solas:

—¡No reconoceré que he sido derrotado! ¡Es preciso apoderarse de la fórmula, cueste lo que cueste!

Luego agregó, indicando a Brick quién era Bárbara:

—Esa linda muchacha es Bárbara Hackett... Aquel hombre que ahora se le acerca es su novio... Ya ve usted que no puede ser más ridículo... Si usted se hace amigo de ella, o mejor, si logra hacerle el amor con éxito, obtendremos fácilmente lo que queremos. Ella tiene la fórmula.

—Intentaré esa estratagema—repuso Brick.

En seguida, el príncipe hizo la oportuna presentación. A Bárbara le fué simpático en extremo Brick, por lo que, espontáneamente, le dijo:

—Vaya usted a hacerme alguna visita cuando guste. Que el príncipe, su amigo, le lleve a alguna fiesta de las que celebramos en casa. Siempre será usted bien recibido, vaya con el príncipe o solo.

—Muchas gracias, señorita. Me honraré visitándola, cuando sepa que no le de molestia.

Como poco después se organizara una partida de juego deportivo en el jardín, Brick tomó parte en ella demostrando su destreza, su agilidad y su ímpetu, lo que entusiasmó grandemente a Bárbara, que dijo a su novio:

—¿Por qué no tienes esa energía admirable del señor MacDonald? ¿No ves qué ejercicios tan admi-

tables hace? ¿No da gusto de verle desarrollar tan magnífico ímpetu?

El príncipe, que había oído la invitación de Bárbara a Brick, y que oía ahora sus frases de elogio, no cabía en sí de contento. Se llevó a su segundo hasta un apartado rincón umbrío, y le dijo:

—¡Ya tenemos la soñada oportunidad! Vaya a casa de Bárbara mañana mismo y procure sacarle todos los informes que pueda.

Habiéndole sido también a Brick muy simpática Bárbara, el príncipe no tenía que insistir mucho para que fuese a visitarla. Así, al día siguiente, con cualquier disculpa, se presentó. Fué muy bien recibido por Bárbara, que en seguida empezó a charlar con él como si le conociera de toda la vida, lo cual hizo que aumentara más y más la simpatía que Brick sentía hacia ella. Sin embargo, recordó el por qué de su visita, la que le hizo preguntar:

—Dígame, señorita, ¿qué pueden ustedes proponerse con ese nuevo explosivo de que tanto se habla?

—¿Por qué me lo pregunta?—repuso Bárbara, un poco desconfiada.

Temiendo haber ido demasiado lejos, Brick contestó, simulando gran ingenuidad:

—Por nada... si he de decir la verdad... Me gustaría saber, pero sin gran interés, el por qué de tantos comentarios sobre el particular.

CUARTA PARTE

Cuando hablaban Bárbara y Brick pasó por ante ellos el gerente, que le miró a él fijamente, como queriendo recordar haberle visto antes en otro sitio. Tan firme se hizo en él esta creencia, que dijo a Hackett, al encontrarlo un momento después:

—Ese muchacho MacDonald, que está hablando con su sobrina, ¿no se parece extraordinariamente al jefe del submarino que voló la Roca del Diablo?

No me he fijado. Además, no estoy ahora para detenerme a estudiar parecidos. Ese muchacho nos ha sido presentado por el príncipe, y no creo que el príncipe se relacione con tales gentes. De cualquier modo, lo repito, no estoy en ánimo de parar mi atención en tales cosas. Míre...

Diciendo esto, Hackett entregó un papel al gerente, que lo desdobló y leyó rápidamente, palideciendo.

Decía aquel papel:

«Si hasta ahora han tenido ustedes suerte, no creemos que les siga favoreciendo. Estamos dispuestos a apoderarnos de la

fórmula del explosivo, que posee su sobrina, aunque para ello sea preciso matar a cuantos viven en esa casa. *La mano del pulpo.*»



El gerente, que no sabía nada de aquella fórmula, hizo llamar a Bárbara, a la que preguntó si era cierto que poseía tal documento.

—No es cierto—repuso la joven.—Lo dije así al

príncipe, y algún cómplice de «El pulpo» me oíría, para no declarar que todo estaba perdido. Lo único que tengo, es una pequeña cantidad de substancia que Newman me entregó, con la cual, descomponiéndola, podría hacerse una fórmula segura.

—Si esa gente viene por la fórmula, nos harán entregar la substancia si no hallarla—dijo Hacket.

—Vos, pues, ahora mismo, a avisar a la policía. Después de haber bombardeado la Roca del Diablo, esa gente es capaz de todo.

—¡No sea usted necio!—le gritó el gerente.—No llame a la policía. Si ese invento se hace público, todos sabrán nuestros planes y ya entonces, de antemano, estarán fracasados.

—¡Es verdad!—convino Hacket.

—A mi juicio—intervino Bárbara,—lo que se debe hacer es analizar la substancia que Newman me entregó antes de morir, sin pérdida de tiempo, y empezar a trabajar en gran cantidad el explosivo, sin preocuparse de nada más.

Obscurecía en este momento. Unos hombres entraron en la casa, sin que se supiera por dónde. Iban enmascarados y el que parecía el jefe procuraba que no se le viera. Era visible que buscaban a alguien. Bascaban, en efecto, a Brick. No les fue difícil encontrarle. El jefe, al estar ante él, le dijo:

—Alguien, en esta casa, tiene la fórmula de nuestro explosivo; usted lo sabe. Vengo a por ella, y no me marcharé sin llevármela. Pero no quiero, en esta ocasión, ejercer violencia. Por lo tanto, lo exijo, he de verme a solas con Hacket y su gerente; quiero

hablar con ellos detenidamente. Procure que se cumpla mi deseo.

Brick oyó esto sin responder nada, ni en pro ni en contra. De súbito, se oyeron pasos. Los enmascarados, que no querían ser descubiertos, huyeron. Pero la persona de quien eran aquellos pasos había oído las últimas frases. Y aquella persona, que era Bárbara, como si acabara de sufrir la más grande desilusión de su vida, se acercó a Brick y le dijo:

—¿Por qué me interrogó usted acerca del nuevo explosivo? ¿Por qué penetraron aquí esos bandidos y hablaron con usted como con un antiguo conocido? ¿Por qué esos bandidos se han podido permitir hablar con usted en ese tono de ordeno y mando?

Brick, avergonzado de sí mismo, guardó silencio. Bárbara, verdaderamente conmovida, añadió:

—Toda mi vida he estado triste y sola... suspirando por encontrar a alguna persona a quien poder confiar mis pensamientos más íntimos... Ahora, que empezaba a tener la esperanza de que esa persona podía ser usted, sorprende esta cosa inesperada, horrible desde cierto punto de vista.

—Mi tío, que es mi tutor—agregó Bárbara, después de un largo silencio,—es intratable. Imposible hablar con él... El gerente, vanidoso, me repugna... El capataz, cruel, me inspira desprecio. Y estas son las gentes que me rodean. ¿Qué hablar con ellas? Hay otra, es verdad, mi novio, que no es sólo perezoso, sino también idiota. ¿Qué desdicha! Y cuando creo encontrar un hombre, usted, mire lo que ocurre. Me siento en este momento la más desgraciada de todas las criaturas...

Con una decisión firme, tomada en aquel momento, Brick se puso en pie, se acercó a la joven y le dijo:

Algún día podré explicarle quién soy y lo que soy. Ahora, sólo quiero decirle una cosa: suceda lo que suceda, quiero que sepa usted que la adoro. Tenga usted fe en mí, créame, y todo saldrá bien. Quiero ser el hombre que usted se imaginó que era, o mejor dicho, el hombre que soy en realidad de verdad.

QUINTA PARTE

En aquel momento, el príncipe, que no otro era el jefe de los enmascarados, viendo que Brick no le haría ninguna señal de que podía entrar con seguridad de hallar a Hacket y a su gerente a solas, invadió la casa. Encontró a ambos personajes aún en el despacho, y les dijo:

—Podría arrebatárles la fórmula del nuevo explosivo, pero no quiero ejercer violencia. Me contento con que lleguemos a un acuerdo, que creo fácil.

—No tenemos ninguna fórmula.

—Es inútil que nieguen. Están en mi poder. Puedo hacer con ustedes lo que me parezca conveniente. Pero vean. En lugar de hacerlo, les propongo un arreglo. No admito, pues, ni negativas ni digresiones. Les expondré mi plan, que ustedes quedan obligados, de antemano, a aceptar.

Como los dos personajes guardaran silencio, continuó:

Nuestra sociedad, pues se trata de formar una sociedad, podrá cambiar la faz del mundo. Ustedes

tienen la fórmula de un nuevo explosivo formidable; yo poseo gran número de submarinos; ustedes tienen una fábrica donde manipular grandes cantidades de esa substancia; yo tengo la suficiente audacia para transportarla a los más lejanos rincones del mundo. Y no es esto todo. Poseyendo yo esa substancia, el mundo entero será nuestro, de ustedes y mío, aunque yo sea el que mande en él. Será «La mano del pulpo» extendiéndose por toda la tierra. Nadie tendrá más poder que nosotros. Ya ven que sólo les ofrecen ventajas. A cambio de ellas, sólo les exijo una cosa: que Bárbara se case conmigo.

En este momento, uno de los enmascarados dijo en voz alta al príncipe:

—Señor, la señorita Bárbara, que es la poseedora de la fórmula del explosivo, ha escapado. No se encuentra por toda la casa.

—Es preciso apoderarse de ella a cualquier precio. MacDonald, tome mi automóvil y encárguese de ordenar que se vigile la costa. Ha debido huir en un yate. Vaya a la estación naval y que zarpen todos los submarinos hasta que la apresen. ¡De prisa!

Bien lejos estaba el príncipe de imaginar que aquella fuga había sido ideada y aconsejada por el propio Brick cuando vió que sus antiguos compañeros invadían la casa. De haberlo supuesto, no habría dado semejante orden.

Brick salió, como para cumplirla, pero dispuesto a hacer cuanto le fuese posible por salvar a Bárbara y a la fórmula que ésta poseía, según todos creían.

El príncipe, por su parte, viendo que ya no tenía nada que hacer en la casa de Hacket, partió para

su cuartel general, dispuesto a hacer cuanto le fuera posible por capturar a la mujer que quería que fuese su esposa.

Cuando llegó, su antiguo tutor estaba entregado a la tarea de buscar una fórmula valiedera para sal-



var al mundo del plan que el príncipe tenía de extender su dominio por todo él. Para ello, sólo se le ocurrían unos cuantos consejos, como si éstos pudieran tener algún efecto. Ni los escuchó siquiera. En cambio, ordenó a todos sus hombres:

—Hay que conducir aquí, viva, a esa mujer. Que no quede ni uno que no vaya en su busca. Mil duros entregaré al que me la traiga.

Todos salieron, descosos, tanto de servir al jefe, como de gustarse aquella, para ellos, fabulosa cantidad.

Entretanto, Brick, como antes habla acordado con Bárbara, se reunió a ella en alta mar, para ayudarla si era preciso contra sus perseguidores. Pero a poco, acusados por los submarinos del príncipe, tuvieron que refugiarse en un lugar llamado la Cueva de la muerte, de donde no escapaba ninguna víctima. Allí empezaron a meditar cuál podría ser el medio de escapar, cosa en verdad difícil. Desde uno de los submarinos les vieron refugiarse allí, y el jefe de la embarcación se acercó a la costa y dijo a uno de los que la vigilaban:

—Ve y avisa al príncipe de que MacDonald es un traidor, que ha pretendido ayudar a Bárbara a escaparse. Dile también que ya son los dos nuestros, pues que no pueden escapar del lugar en que se han refugiado, y que ordene lo que se debe hacer con ellos.

Corrió el hombre con la buena nueva para su jefe, al que dijo en cuanto estuvo en su presencia:

—Bárbara Hacker y MacDonald, que es un traidor, están ya en nuestro poder. El jefe de un submarino espera sus órdenes para saber qué ha de hacer con ellos.

—Dile, a escape, que los lleven a los altos hornos. Yo iré allí, para que Bárbara diga todo lo que desea saber acerca del explosivo, y después, a solas, me entenderé con MacDonald. Para tal traidor, tal señor. Quiero darle su merecido por mí mismo, personalmente. Merece un gran castigo, y por mano

de príncipe. Grandes servicios me prestó, y yo no dejaré nunca de agradecerlos. Pero grande es también su traición y debe pagarla. Ayudando a huir a esa joven, trataba de impeler los designios de «La mano del pulpo», que son de dominar al mundo, y al mismo tiempo alejaba de mí a la mujer que quiero que sea mi esposa.

SEXTA PARTE

Poco después, y no sin valiente resistencia por parte de Brick, la cual costó algunas bajas a sus adversarios, éste y Bárbara fueron apresados y llevados al submarino, para ser conducidos, en cuanto fuese de noche, a los altos hornos, tal como el príncipe había ordenado. En cuanto, ya cerca del lugar donde debían ser desembarcados, el submarino dejó su marcha, Bárbara, que aun tenía esperanzas de escapar, dijo a Brick:

—¡La única salvación es que seamos lanzados a través del tubo lanza torpedos. Tal vez muramos, pero no hay otro recurso... ni probabilidad de huir de las manos de ese bandido.

—¡Es usted, Bárbara, la mujer más valiente del mundo! Yo también escaparía como usted indica. Pero ¿quién nos lanza? Todos estos hombres son fieles servidores del príncipe. Ninguno se prestará a hacernos ese servicio. Si quiere usted, la lanzaré yo y ya, solo, me enfrentaré con él.

—No, de no salvarnos los dos, prefiero quedar-

me a su lado para que corramos la misma suerte.

—Si viniera solo, no habría por qué tener nada. Perdería en mis manos. Como la amo con locura, ese amor me daría fuerzas para todo.

—Esperemos. No desconfiemos del destino. Es



imposible que trunque nuestras vidas cuando empezamos a entrever la felicidad.

Yo espero y no desconfío, pero conozco bien la crueldad y el fanatismo del príncipe. Sin embargo, no moriré sin dejar en su cuerpo las huellas de mis manos, que ya no debían tener otro objeto que el de acariciarlo.

Obscureció. El príncipe se preparaba para partir

hacia los altos hornos. Dijo a sus servidores más inmediatos:

—¿Habéis hecho salir a la cuadrilla que ha de vigilar los altos hornos mientras yo esté allí?

—Sí.

—¿Son todos de confianza?

—Así lo creemos...

—Bien. Acordonad vosotros el cantinao, para evitar cualquier sorpresa. Sobre todo que no se escape MacDonald.

Poco antes de que el príncipe llegara, Brick y Bárbara fueron conducidos al lugar por aquél señalado y, luego, todo el contorno, fué acordonado por los servidores del bandido. Brick se dió cuenta de que todo intento de escapatoria sería inútil. Se dispuso, pues, a morir matando. No tenía armas, pero confiaba en la fuerza de sus puños.

Cuando ruidos extraños anunciaron la llegada del príncipe, Bárbara dijo a Brick:

—Quiero que él y yo nos quedemos solos. Quizá así la tragedia no sea tan terrible. Si le necesito, le llamaré. Si no le necesito, tanto mejor. Escúndase, si es posible, de modo que no puedan encontrarle de buenas a primeras. Si nos escondemos los dos, nos encontrarán pronto. Si se esconde usted solo, yo le entretendré, si llega solo, que llegará, aunque sus guardias lo rodeen todo, y acaso en este tiempo alguien se haya dado cuenta de lo que sucede y haya avisado a la ciudad, con lo que acudirán en nuestro socorro.

Ante tantas y tan juiciosas razones, Brick con-

vino en esconderse, pero cerca de ella para acudir en un instante si era preciso.

Apenas se había ocultado Brick, cuando entró el príncipe. Ya no iba enmascarado, puesto que no era menester. Saludó a Bárbara, con una reverencia, y luego le dijo:

—Señorita, siento mucho tener que exigirle una cosa. Va usted a decirme, ahora mismo, dónde tiene la fórmula de ese explosivo.

—No tengo ninguna fórmula. Se perdió con la muerte de nuestro químico.

—Lo sospechaba. Pero ya que no la fórmula, usted posee, por lo menos un poco de esa substancia. Descomponiéndola, se podrá hacer la fórmula. ¿Dónde tiene usted esa substancia? Es inútil que niegue. Estoy seguro de lo que digo. Cuanto más pronto me diga lo que deseo saber, mejor. Me ahorrará que la obligue a que me lo revele con otros procedimientos. ¡Ah! Además de decirme eso, se va usted a casar conmigo. Me acompaña un sacerdote, que entrará en cuanto yo avise.

A todo este discurso, Bárbara contestó con una frase hiriente de las que duelen como latigazos. El príncipe no supo contenerse y se lanzó sobre ella, que gritó:

—¡Brick, socorro!

Brick salió de su escondite, como una fiera, y se lanzó sobre el príncipe tal como podía hacerlo un león. Las manos del enamorado se clavaron en el cuello de «El pulpo» como verdaderas manos de pulpo, hasta que éste, sin vida, dobló la cabeza.

Los hombres que le guardaban, al saber su muer-

NOVELA CINEMATOGRAFICA

te, huyeron despavoridos. Era mucho adversario Brick.

Brick, arrodillándose ante Bárbara, dijo:

—Ahora ya puedo decirle quién soy...

—No me importa quién seas... Te amo y eso basta... Tengo aquí la sustancia explosiva, en un frasco de perfume. La entregaremos al gobierno... No hay que pensar ya más en nada de eso... Ha llegado el amor, al que debemos dedicar todos nuestros momentos.

Brick la abrazó. Se oyó la música divina de los besos, que crujían, encendidos de pasión y de fervor.

FIN

Nueva colección de Postales-retratos de ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS (Fotografías)

ART AGOOD	LILLIAN HALL
AGNES AIRS	WILLIAM S. HART
ITALIA ALMIRANTE MANZINI	WANDA HAWLEY
MARY ANDERSON	ESSUE HAYAKAWA
BOSCOE ARBUCKLE (Patty)	WALTER HIRSH
RICHARD BARTELMES	HELEN HOLMES
ENNID BENNET	CHARLOTTE HOLLOWAY
ARMAND BERNAT	CLARA HORTON
FRANCESCO BERTINI	JACK HOTT
CONSTANTIN BIDNEY	CHARLES HUTCHINSON
GEORGE BISSET	GARY HUGHES
ALICE BRADY	MARIA JACOBINI
ALBERTO CAPOZZI	EDITH JOHNSON
MARCYA CAPEI	ROMUALD JOURNE
JUNE CAPRICE	LEATRICE JOY
HARRY CARRY (CATENA)	ALICE JOYCE
JAMES CARMEN	DIANA KARENNE
IRENE CASTLE	TILDE KASSAY
MARGARITA CLARCK	BUSTER KEATON (Pamplinas)
JANE COLE	MADGE KENNEDY
GRACE CONARD (Lucille)	DORIS KENYON
ELNA CHADWICK	NORMAN KERRY
ION CHANEY	CLARA KIMBALL YOUNG
CHARLES CHAPLIN (Charles)	MOLLIE KING
CHARLES CHAPLIN (Charles)	JAMES KIRKWOOD
DOROTHY DALTON	NATALIA KOWANSKY
VIOLA DANA	LAURA LAFLANTR
BERN DANIELS (Ella)	DOUGLAS MAO LEAN
HELENA DARLY	VITORIA LEPANTO
RACHEL DAVYDIS	MITCHELL LEWIS
PRISCILLA DEAN	ELMO K. LINCOLN
CHARLOTTE DEMPSTER	MAX LINDER
REGINALD DENNI	ANNA LITTLE
WILLIAM DERMOND	BERT LITTLE
XENIA DESNI	MARGARET LIVINGSTONE
KATHERINE MAO DONALI	LUISA LORRAINE
LUOT DORAIN	BESSIE LOVE
WILLIE DOVE	LOISE LOVELY
WILLIAM DUNCAN	HAROLD LLOYD (El)
MISS DU-POIN	MACIETE
MAXINE ELLIOT	CHARLES MACK
ELIZABETH FAIR	GINETTE MADDIE
DOUGLAS FAIRBANKS	LYA MARA
FRANKLIN FARNUM	MAB MARSH
WILLIAM FARNUM	MARGARET MARSH
GERALDINE FARRAR	SHIRLEY MARSH
ELISE FERGUSON	M. MATHE
MARGARITE FISHER	FRANK MAYO
FRANCIS FORD (Conde Hugo)	THOMAS MEIGHAN
ALICE S. FRANCIS	MARY MILLEN MINTER
PAULINA FREDERICK	SANDRA MILLOWANOFF
MAUDE GEORGE	GASTON MITCHELL
EDUARDO (HOOT) GIBSON	TOM MIX
JEQUELINE GODSON	BLANCHE MONTEL
	TOM MOORE

ANTONIO MORENO
 JACK MURHALL
 MAE MURRAY
 RENE NAVARRÉ
 ALLA NAZIMOVA
 POLA NEGRI
 ANA O'NEIL
 MARCEL NORMAND
 MARIA OSHORNE
 BENA OWEN
 MARY PAGE
 JEAN PAGE
 LITVIO PAVANELLI
 DORIS PAWNS
 KILRN PERCY
 ROBERT PETERS
 MARY PHILBIN
 JACK PICKFORD
 MARY PICKFORD
 EDDIE POLO
 BENNY PORTER
 MARIA PREVOST
 PRINCE (Sébastien)
 HERBERT RAWLINSON
 CHASLES RAY
 WALLACE RUID
 FRITZ RUTGEWAY
 M. RINCKI

CAMILO DE RISSO
 WILL ROGERS
 RUTH ROLAND
 MARCELLE ROLLET
 WILLIAM RUSSELL
 PATSI RUTH MILLER
 JOE RYAN
 CLARISE SELWYNE
 LARRY SEMON
 GUSTAVO SERENA
 PAULINE STARR
 ANITA STEWART
 GIGELA SWANSON
 CONSTANCE TALEADGE
 NORMA TALMADGE
 ALICE TERRY
 OLIVE THOMAS
 MADELAINE TRAVESSE
 RODOLFO VALENTINO
 VIRGINIA VAILL
 VERA VERGANI
 MARIA WALLAMP
 GEORGE WALSH
 GLADIS WALTON
 FANNIE WARD
 PEARL WHITE
 BEN WILSON

20 céntimos ejemplar

Diez por ciento de descuento tomando toda la colección

Pedidos acompañados de su importe en sellos o por
 Giro Postal a Publicaciones Mundial, Apartado de Co-
 rreos 925, Barcelona.

FIGURINES DE MODAS

Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes:

Album de Bal	Anual	10	pts.
Blouses Artistiques	Temporada	5	"
Blouse Ideal	"	2	50 "
Chapeaux Modernes	4 veces año	1	50 "
Ideal Parisien	Mensual	3	"
Joie des Modes de Paris	Temporada	4	"
Manteaux et Costumes de Promenade	"	3	"
Mode de Paris	"	3	"
Mode Nationale	Mensual	1	25 "
New Ladies Fashions	10 veces año	6	"
Patrons Favoris Dames	Temporada	3	"
" " Ceremonies	"	5	"
" " Blouses	"	5	"
" " Enfants	"	3	"
" " Lingerie	"	4	"
" " Tailleur	"	5	"
" " Gentlemen	"	5	"
Fashions	"	5	"
Patrons Favoris Travestis	Anual	5	"
Paris Chic	Mensual	5	"
Toilettes d'enfants	Temporada	2	50 "
Toilettes Modernes	"	2	25 "
Ultima Elegancia	Mensual	1	25 "
Tres Chic	"	4	"

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero.

Descuentos convencionales a los señores corresponsales y libreros.

Pedidos acompañando su importe a **Publicaciones Mundial**, Barbadá, 15. Apartado 925—Barcelona